

—«No tienen Udes. que pedirme permiso, están en su casa y...

—Y Ud. en la suya, señor cura...

—Gracias, señor Sátrapas...

Y después de un saludo ceremonioso salieron tío y sobrino cogidos del brazo dejando al señor Cura con la curiosidad de saber—¡al fin humano!—qué sería eso más grave que atormentaba al bueno y religioso señor don Javier Infanzón Illescas.



## XV

**R**UMUALDA, sabes quién se casa?...

—¿Quién?...

—Pue náa meno que Micáila...

—¡Micáila!!

—¡La misma! En misa después del Evangelio lo dijo más serióte el señor cura desde el púlpeto: «Desea contraer matrimonio con la señorita Micáila Ordoñez...» asina como te igo, Rumualda!...

—¿Qué barbaridá! ¿Quién lo dijiera!... ¡Si paece mentira!...

—¿Y con quién se va á ahorcar\* esa endina?

—Con Chencho, Chencho Lope, el hombre má sinvergüenzo y arrastráo que ha parío madre... ¿No lo conocej?... ¡Jaste ora de las nuevas! Ese perdu-

lario\* que le canta á toita las mujeres que encuentra en la calle. . . . ¡un borrachín! . . . ¡un flojo! . . . ¡un dejgraciao! . . .

—Sí, ya reflejo\*. . . . Por cierto que á mí me traíba seca en cáa vé que iba mandáo. . . . «¡Adió, chaparrita! . . . »

«¡A ónde con ese menéo! . . . » «¡Erejme linda que la virgen de Candelaria! . . . » «¡Ejtá muda, ó vaj comiendo algo! . . . »

Y por ái seguía la retajila y el demonio pisándome las chinela. . . . ¡Caracho pa el crijtiano!

—¡A mí, ni se iga! . . . A toas le dice la mesma cantaleta. . . .

—¿Y la bruta de Micáila no habrá reparáo la clase de pinta copaj que é el tal Chencho? ¿Porque se necesita de altiro ejtar en estáo de arrebatat pa casarse con semejante callejero!

—¡Ya se ve, Micáila é tan noviera!\* . . . ¡Te juro que ha tenío una pila de atontáos!\* . . .

—Güeno, agora dime: ¿Chencho con qué la tapa si llueve? . . . Porque asegú

medijieron, no tiene oficio ni beneficio! . . . —Allá se las campaneen elloj. . . . que

á mí maldito lo que me importa que se los lleve la trampa!—dijo con mal contenido despecho Romualda, dejando á su amiga con la murmuración en la boca

Micaela se casaba con Chencho. . . . Ya se había corrido la primera amonestación.

Micaela era una morenita de palmito fresco y claro que tiraba al color del piñón mondado ó al de la olorosa canela, acaso porque los ardores del sol, poco clementes, fueron quemándolo en los días que Micaela salía á la solana á tirar la ropa, trascendiendo á jabón, sobre la alfombra del césped de la calle, que aprovechaban como tendero las lavanderas y criadas del terruño; tenía lumbre en los ojos negros, cercados de tupidas y luengas pestañas; pelo largo, obscuro y ondulado, que cuando caía suelto como manto imperial sobre la morbidez de las espaldas, quedaban á poco menos que harapos y calan-

drajos las mismas púrpuras de Tiro, sin que se peque de exageración al compararlos tan régicamente; aparte de estos hechizos, capaces por sí solos de hacer olvidar todos los demás encantos de Micaela había que ver la ligereza de los pies, el vaivén de las caderas y el cimbreo de la cintura cuando se echaba por esas calles seguida de los floreos más repetidos de los piropos más galanos y de los requiebros más dulces que salir puedan de la boca del Don Juan menos galante, que todas estas lisonjas, tan del gusto de las mujeres, se iban tras la gallardía de Micaela; su boca estaba para reír y sus ojos para encandilar; en esos labios carnosos, rojos y frescos, sin hondas comisuras que le quitaran la gracia ni apretamientos forzados que le impidieran la sonrisa, no cabía la tristeza; en esos ojos de intenso y lánguido mirar, sin ojeras románticas ni veladuras dolorosas, no estaba bien el lloro amargo ni la hurañía extraña; que ojos y boca de

Micaela fueron hechos para ver en los unos y adivinar en la otra la tranquilidad de espíritu y la bondad de alma de la guapísima jarocho; cuando reía, mostraba unos dientes blancos, apretados y brillantes; saltaba la carcajada jocunda, musical y cromática en derroche de notas cristalinas, que tropezaban y gorjeaban en tonos y semitonos para terminar en agudo grito de avejilla locuela y cañora; toda la regocijada alegría de una juventud sana y una virginidad triunfante saltaba por la boca de Micaela cuando reía. En la risa estaba su dominio; en el mirar su soberanía. Las trenzas le coronaban la gentil cabeza con voluminosos rodillos, adornados (sí la natural hermosura de tales cabellos necesitara de postizos), con roja y levantada flor; el pañuelo le cubría el busto como recatado velo para los turgentes y dilatados senos de curvas de puro perfil praxitélico; el delantal con fuerza le ceñía el talle; acentuando provocativamente la ondulación

soberana de las caderas; el paño resultaba mezquino para ocultar con él embozo la arrogancia del gallardo cuerpo y la redondez de los torneados brazos, que todo él era un estorbo para aquella carne moza que necesitaba del aire y de la luz para exhalar como las flores campesinas sus más ricos y codiciados aromas; en los pies calzaba chinelas, las cuales, por falta de zancajo, repiqueteaban en las aceras y dejaban al descubierto los talones redondos y sonrosados.

Si Micaela concurría á algún baile, andaba de non en eso de tener solicitantes para todas las piezas, con rabia y envidia de muchas que se quedaban tiesas y malhumoradas en las sillas á comer pavo; á la salida de misa le hacían rueda y la seguían los mozos en parvadas; ella á todos sonreía y por igual saludaba sin mostrar preferencias ni inclinaciones; á nada se comprometía con los galanes que la asediaban y por los corrillos discurría

confiada en su benevolencia y satisfecha de su diplomacia.

Chencho la siguió varias veces sin obtener ventaja sobre los demás adoradores de la morena; iba y venía por la calle en que Micaela servía—cuando servía, que lo más del tiempo se estaba en su casa cosiendo ó leyendo novelas por entregas—se apostaba en la esquina y allí se estaba entero como una estaca hasta que oía los trapazos sobre sillas y sillones que anunciaban que la Micaela andaba en las faenas del trasteo, y que pronto acudiría á la ventana á sacudir polvo y telarañas y luego al corredor á barrer los suelos; y en punto y ocasión que salía la criada, Chencho se desprendía de su puesto de centinela y se iba por la acera con muchos humos; ladeado el sombrero de petate; enriscado entre los labios el humeante puro; con el pañuelo de lacre\* enrollado al pescuezo y el concheco en el cuerpo rechoncho y barni-

\* Véase el Capítulo 4º de «Porúles del Terruño.»—N. del A.

gudo y el continuo destocerse en la boca, pronta al enlabio con piropos y requiebros de subida y picaresca poesía callejera; al llegar donde la buena moza estaba barriendo, suspendía Micaela el ajeteo para no levantar polvo, y sonriente esperaba el saludo de Chencho, el cual resultaba de loj más cumplido y galante que se registra entre los don juanes de sombrero de petate y pies en el suelo; Micaela pagaba la cortesía con sonrisa insinuante y con una mirada de sus ojos de rápidas fulgencias inquisitoriales que, traidoras, encendían más los deseos que desvelaban al Chencho.

De aquí no pasaba el atrevimiento de Chencho, y él mismo se condenaba su simpleza; ofreciendo para otra ocasión ser más atrevido y sobrado, y tornaba á las mismas paradas y á los propios paseos y por centésima vez juraba hacer con Micaela lo que había hecho con todas: hablar claro y á su tiempo, lejos de aquel silencio y aquella zoncería que tanto lo

rebajaba á los ojos de su pretendida; en tanto, Micaela, le hacía angulemas á lo niña y reía de él á lo taimada.

Pero tal y tan pensada resolución nunca la ponía Chencho en planta; pues apenas se hallaba en presencia de Micaela, le contenía aquella risa franca, fresca y jovial que se desbordaba en trinos por la boca de la guapa muchacha, ó quemaba el conquistador sus naves ante aquel mirar incendiario, para quedarse, sin brújula ni derrota, en el puerto seguro de la mudez y de la ramplonería humanas; Chencho vibraba de rabia; maldecía de esta timidez extraña que le traía desalentado; él, en cuestiones de mujeres, jamás se había contenido en el decir con desenfado y en el porfiar con cachaza; unas veces le oían y otras lo echaban con cajas destempladas; pero nunca en presencia de ellas se quedó suspenso, ni aturdido, ni aturrallado, ni boquiabierto; antes de ordinario, la verba le salía á borbotones á la menor repulsa y el floreo

se multiplicaba á las primeras concesiones. Ignoraba qué fuera aquello; y en medio de su ignorancia pensó Chencho en los filtros y en los bebedizos; acaso alguna de tantas le había dado algo por celos quizás de la Micaela...

No podía afinar con quien fuera... ¿Romualda?... No, no podía ser, hacía tiempo que no asentaba pie por su casa; desde que le soplaron á la tal que andaba bebiéndose los vientos por Micaela, lo despachó á la calle un sábado por la noche; lo recordaba muy bien: Romualda planchaba ropa sobre una mesa en mitad de la sala; él estaba, como de costumbre, sentado en un butaque no muy lejos de ella, con el sombrero puesto en la rodilla y el puro en la boca; desde que llegó, Romualda lo recibió con enfado; él habló de esto y de aquello para darle pábulo á la conversación, sin lograr abrir la boca de la desdeñosa Romualda; crecía la charla de Chencho al par que el silencio de Romualda. De pronto exclamó

la muchacha malhumorada, poniendo la plancha candente sobre una esquina de la mesa:

— «¡Te quieres callar... que me duele la cabeza!»

— «¡Caray con la delicáa, si paece que le ha picáo un alacrán!»

— «¡A ti é al que te ha picáo mala víbora!»

— «¡Déjate de tonteras, Romualda: mira que no hay razón pa enojarse, ni pa ejtar de trompa!... ¿Toavía sigues celosa de esa tal Micáila, tan pela diente, tan?»

— «Sí... pero tú andas trá de esa. ¿Qué más vale que me calle! Como perro callejero, oliendo loj pilare de la casa por ónde esa pilguaneja ejtá, sirviendo y le bujecas el viento y...»

Chencho contestó con mil paradillas y corcovos; unas veces decía, uno, y otras, otro, sin poner en claro el asunto, y por más que se empeñaba, más y más se atorugaba...

Romualda se sintió ultrajada; levantó

con resuelto ademán la plancha caliente, se la acercó á la cara al impasible Chencho, ya hecho á estas amenazas, y le dijo con fiereza:

«Mira, si no te callas te voy á quemar el jocoico! . . .»

Chencho dió la callada por respuesta; se puso en pie; acercóse al farol—que con trémula vela de sebo alumbraba á Romualda en su faena—encendió el apagado puro; volvió á su asiento; y se quedó quieto de lengua, aspirando humo y arrojándolo por la boca para contenerla en su acostumbrada charla . . .

A poco, volvió á decir, insistiendo en remediar lo hecho:

«Con que tú te afiguras que . . .»

Romualda, entonces, que tenía la boca llena de agua con un buche para espurrar la ropa, expelió con rabia el agua sobre la cabeza de Chencho, tomó con impulso resuelto el fierro hecho brasa y siguió al asustado amante que se le ha-

cía la puerta lejos y angosta para salir huyendo de aquella furia . . .

Pensando en todo este percance, Chencho afirmaba que Romualda no sería la que le dió el hebistrajó; pues desde aquella salida á escape de entre sus garras, no volvió por su casa.

¿Pánfila? . . . No, solamente cuando buscó á propósito para hacer amistad en la casa, con pedir un poco de agua y un tizón para encender el puro, bebió allí.

¿Demetria? . . . Menos. Sólo la veía en los fandangos y no iba á visitarla por miedo al querido.

De las otras mujeres con quienes tuvo trapicheos, no podía temer; pues todas ellas fueron del momento; de esas que acasó si se acuerdan del último que dejan; y así siguió cavando en su memoria sin venir á dar en nada cierto, quedándose con sus dudas y atormentándose con su despecho.

No quedaba más recurso, que la correspondencia amorosa; y el recurso, con

ser expedito, le tenía atado de manos y suspendido de pensamiento. . . .

¿Escribir una carta? ¡Bueno estaba él para semejantes requilorios!

¿Recurría á «Pajarito»? . . . ¡Ni por pienso! Hacía tiempo que no le echaba la vista encima; esquivaba su compañía y huía de su consejo.

«Pajarito,» con su prestigio de hombre trabajador y de jornalero cumplido, se creía autorizado para echarle sermones largos y duros, increpándole por tanta holganza y vida tan asenderada. Chencho oía las reprimendas de «Pajarito,» como quien oye llover y no se moja; comprendía que el amigo de su infancia le iba á la mano porque lo quería bien; pero Chencho estaba hecho de otra levadura más blanda y flaca que la de «Pajarito;» para Chencho se hicieron los bureos, las parrandas, el doñar y la vagancia.

Fuera de todo esto, no pudo avenirse á ningún oficio; todos le parecían yugo; si herrero, se le quemaban las manos y

se le tiznaba la cara; si carpintero, el aprendizaje resultaba largo y el jornal mezquino; si albañil, exponía la pelleja sin seguridades de recompensa; si barbero, era oficio de maricas: todo se iba en peinarse al espejo, traer las manos suaves como cabritilla y olorosas como damiselas, vestirse de aplanchado y blanco y estarse entre floridas rejas los domingos, días de más holgorio. Y así fué probando de todos los oficios hasta terminar por no quedarse en ninguno.

En «Pajarito» no encontraría el secretario que necesitaba para aquella delicada redacción; «Luis Catorce» no servía para el caso, estaba como él: pobre de ortografía y sobrado de pretensiones. . . . ¿Y «Palitos?» . . . . Ese sí que estaba que ni pintado para el caso; empleado en una oficina pública, escribía largo y tendido ocho horas diarias para ganarse veinticinco pesos mensuales, y con la práctica y la letra que sacó de manos de Don Fa-



cundo Marmolillo; taragotéaba de lo lindo. ¡Lo y ogun adathroí sabsibueno!

Chencho se fué en busca de «Palitos». Lo esperó á la hora de salida de la oficina; al ver «Palitos» al desarrapado de Chencho disimuló el saludo, revolvió la acera para no hacerse encontradizo; pero Chencho, que iba derechamente á su asunto, no se desconcertó por ello, sino que se le plantó delante y le dijo con natural franqueza:

— «Oye, tú, «Palito,» no sea orgulloso porque tráis zapato y la pendoleás en la oficina. Acuérdate cuando no juámo de la ejeuela y la munchas veces que te defendí de tus compañeros y que te soplé pa que Don Facundo no te pusiera pinto á palmetazo y...»

— «No, Chencho, no! Si é naá má que dan una hora pa almorzar y en seguida tengo que golver al trabajo... ¡Vamoj andando que me sé jace tarde!»

— Y por el camino, á la buena de Dios,

Chencho expuso al empingorotado «Palitos» lo que pretendía. ¡Lo supí obou!

Al principio «Palitos» se negó con evasivas; pero concluyó por aceptar el encargo, más bien por quitarse de encima al tozudo de Chencho, que lo cargaba con sus peticiones y sus encarecimientos para que la carta quedara tan subida de elegancia en eso del decir pulido, galano y quintaesenciado, que la misma infanta Micomicona no se desdenara de leerla y releerla con muy placiente asentimiento.

— ¿Y cuándo éjtará eso? — preguntó Chencho á guisa de despedida.

— Hoy é jueve, ¿verdá?... Pué pa el domingo.

Y llegó el domingo, y pasó otro, y la carta no la escribía «Palitos»; entretanto, «El Sapo» iba ganandó terreno en la conquista de la Micaela, que le obstruía el paso á Chencho y le sacaba delantera dándole cartas tras cartas á la halagüena muchacha. Chencho no desesperaba,

porque Micaela lo saludaba del mismo modo que el primer día y de igual semblante que al «Sapo,» y nunca se desalentaba por confiar mucho en el golpe que daría la carta con la gentil letra y el sabroso decir de «Palitos;» pero la esperada epístola llevaba trazas de no escribirse nunca; estaba con estas preocupaciones, cuando se encontró con «Palitos;» al verlo, le dijo Chenecho con sorna:

—«Oye, tú: ¿pa qué domingo ejará la carta, pa el de Ramojó pa el de Pajcua?»

—«¡Pa ejte domingo sin falta, palabra de hombre que sí!... He tenío una pila de trabajo que no me deja soltar la pluma en toó el santo día.»

Al domingo siguiente cumplió «Palitos» lo ofrecido; le entregó á Chenecho la carta en el atrio de la iglesia, donde el galán esperaba la salida de misa para ver á Micaela.

Chenecho tomó con tanta gana la carta de manos de «Palitos,» que estuvo á pique de estrujarla; se la metió en los bol-

sillos, y sin dar las gracias por el servicio —que así lo puso de atolondrado el regalo— se subió al campanario—no olvidaba sus campanas—y allí, solo, teniendo el espléndido panorama á la vista, bien sentado en una bóveda, de corrida leyó la misiva amorosa escrita por «Palitos,» la cual á la letra decía, después del indispensable «Señorita:»

«Dispense mi osadía; permanecer por más tiempo sin comunicar á usted las afecciones de mi alma que su bella y venústica persona han despertado en mi noble corazón, es imposible.

Habrán notado usted por mis comprensibles demostraciones que es usted el ángel de mis ensueños, la flor que con su fragancia ha embriagado mi humilde corazón y juró á usted, Señorita, que jamás he sentido amor tan inmenso por mujer alguna como el que hoy siento por usted.

Y considerando, pues, que no es usted cumbre inaccesible, ni yo abismo sin fondo, me permito manifestarle mis senti-

mientos que no dudo tengan siquiera contestación, toda vez que corrobora su simpatía la cualidad especialísima de ser usted muy atenta.

Suplico á usted perdone que la importune y esperando su amable contestación, mande como guste á su humilde S. S. Q. B. S. P.—*Quien usted sabe.*

De un tirón leyó la carta, en seguida la repasó párrafo por párrafo; ¡Y lo que sabía «Palitos» por aquellos renglones! ¡Y tan atontado que era en la escuela! ¡Nunca respondía si no le seplaban!

Así pensaba Chencho para proclamar la sabiduría de «Palitos.»

La letra de la carta, escrita en papel de escuela con cantos dorados, como corresponde á documentos de este linaje, era pareja, fina y sin garrotos ni escarabajos, con rasgos y finales de muy vistosa forma y ostensible y envidiada gallardía.

La carta estaba hecha á medida de los

desbordados deseos de Chencho; si él hubiera tenido más amplias y discursivas entendederas, seguramente que así, en esa elegante y poética forma, escribiría la carta amatoria, sin faltarle punto ni coma; algunas palabras, aunque no comprendía su puntual significado, las avaloraba de muy subidos quilates por tenerlas en concepto de cosas de meollo y de substancia, como aquel «venústica», que se le metía por el oído con arpegios de música celestial, y el no menos rimbombante «inaccesible», y «el ángel de mis ensueños» y la flor, y todo junto, ó separado, que en nada se desdeñaba una cosa de otra, sino que acudían bien y se amalgamaban para sacar por alquítara la quinta esencia de su pasión acendrada y latente.

Bajó Chencho del campanario, olvidándose de darle una mirada á sus favoritas campanas y de espereir su vista por el maravilloso panorama que reverberaba á los rayos centellantes de un sol

de agosto; tal de ensimismado andaba con el tesoro que poseía en aquella siva, delatora de su amor sin límites y correspondencia.

Faltaba, para colmar la medida de deseo, entregar la carta, que, de seguro haría estragos en el corazón de la reserva Micaela; pero días se iban y días venían, y la carta estaba en peligro deshacerse en los bolsillos y de maltrarse con el manoseo, no obstante traerse la Chencho en un pliego de papel de traza, á manera de resguardarla contra cualquier deterioro; pues Micaela no había ocasión ni prestaba coyuntura para que Chencho le diera la consabida esquelita. Tirarla por la ventana, era exponerla á un extravío seguro y á delatar una falta grave; pagarle á alguno para que la llevara, era ponerse á que lo engañaran y le sacaran el dinero.

Ya Chencho se daba á todos los días cuando acertó á mirar que un astro mucho, á mañana y tarde, entraba

salía de la casa de la ama de Micaela con un tenate, sucio y mugriento como figurilla del pordiosero, en el cual traía el «bocadito» con que le brindaban

la caridad de los vecinos. En aquel muchacho encontró Chencho un Mercurio, sin talares ni caduceo, que le llevaría la carta por buena y no pausada.

— «¡Ya sabe, se la da á ella solita, sin que naidén te vea!» El muchacho, que estaba alampando por sacar presto el «bocadito», no paró en las señas y contraseñas que Chencho le daba para que conociera por todos sus pelos y señales á Micaela, y le dio el encargo sin equivocarse de persona; el muchacho se entró por la casa, no sin decir la cotidiana cantinela: «Que dice mi máma que si le dan un «bocadito.»

Y al decirle: «¡entra!» se fué hasta la cocina; allí, después de colocar en el fondo del tenate dos ollitas y tres cazuelas

con los relieves del almuerzo, le dijo la señora Tecla: «Aquí ejta un papel que me dió Chencho pa osté.»

Doña Tecla—carantoña de buenas carnes—al ver el sobre pequeño y el papel con cantos dorados, indicios todos de enamoramiento, de pronto, como mujer que era, se envaneció por la preferencia, pero luego vino á la cuenta de que Chencho ya muy vieja para tales líos, y por eso el grito en el cielo llamando á Chencho atrevido, insolente y pinacate,\* falto de decoro y de vergüenza; á los gritos y espavientos entró Micaela, y enterándose del asunto, soltó el trapo á reír: lloraban los ojos; doblaba el cuerpo; apretaba el vientre, y podían echárselas negas al pellejo, que no le cabía en la risa retozona, cascabeleante y alegre que la desternillaba y contorcía.

Pasado el rapto de risa, tomó Micaela la carta y la leyó de arriba á abajo, alabando mucho la caligrafía y la literatura de la amorosa misiva.

«Ya verá ese endino,—decía sofocada la vieja Tecla—cuántas son cinco! . . .»

«Voy á poner como mecate de cochino!»

Y Micaela reía, reía, loca y desatinadamente.

En vano esperó Chencho la contestación de reglamento; por su parte, Micaela le saludaba como de costumbre, sin hacer el menor asomo de estar en el secreto de la explosiva carta; Chencho pensaba que todo aquello era natural pudor en una recatada doncella, y reserva muy propia de quien recibe la primera declaración. «El que calla, otorga»—exclamaba. «Ahora falta la segunda, que de juro ha de ser de má juerza y sentimiento! . . .»

«Palitos» se negó rotundamente á hacer de «evangelista»\* en aquellos amores, y aconsejó á Chencho que se dejara de cartitas y recados, que lo más propio para casos como el suyo estaba en irse bulto sin titubeos ni escaramuzas, hablar por parejo y á tiempo y en sazón. Chencho, que ya veía en «Palitos» un

futuro sabio, anunciado por la donosa allí se pasaba las tardes tocando la guitarra en bien punteados tonos, lanzando ofreció seguir las indicaciones del escudriñadas para la ventana por donde esbientillo, y se resignó á esperar el momento oportuno para poner en ejecución el asunto; pero no contaba con la husca en la cual se sentaba rodeada de las vecinas que escuchaban á boca abierta la lectura de «El Pan de los Pobres,» intentuvo también que dejar el pasar y repasar la acera y echóse á buscar por el cortijo como gallo en corral ajeno . . .

Micaela se fué por temporada á su casa á descansar de las faenas de familia en estas vacaciones leía y cosía, alternando la lectura con la aguja.

Leía en voz alta á las vecinas con canturía que se oía á media calle, novelas por entregas de Pérez Escrich; las vecinas lloraban á lágrima viva en el saje más culminante y doloroso de la obra, y maldecían del traidor que metía en tan males trances á la infortunada protagonista.

Chencho se hizo amigo de una vecina que vivía frente de la casa de Micaela

Chencho cantaba á veces, acompañada por el alegre respunteo de la guitarra:

«La primera la hizo Dío,  
«Y fastidió al pobre Adán . . . .  
«¿Si la primera fué mala,  
«Laj otra cómo serán? . . . .»

Y entre foque y verso iba dejando las flejas de su amor mal correspondido. Micaela, cuando planchaba los sábados, también echaba su pedazo de canción:

«El demoño son lo jombre . . . .»

«El demoño son lo jombre . . . .»

Y seguía tarareando con voz argenti-

na y sonora, con uno que otro gorgorito que se le quebraba en la garganta.

—«Mira, Micáila, yo te he querido mucho . . . como á ninguna . . . má que a nadie . . . contigo me ha pasáo lo que nunca pensé . . . ¡Vaya, que no tengo palabraj en la boca pa decirte lo que tengo! . . . Y aunque laj tuviera ¿sabes? no tendrían la juerza que necesitan pa jurarte mi amor! . . . ¡No seas asina! ¿Qué me pruebas quieres de mi cariño? Por ti he dejáo parranda; he mandao al choriño á loj amigo; no piso guapango\* dende que te vide; siempre voy trá de ti como la sombra de tu bendicío cuerpo . . . Y tú ¡ingrata! me jaces ajco y no me quieres! . . .

Quando te cuento mi pena, te ríis! . . . Quando te confieso mi amor, te ríis! . . . Yo no te creo tan mala, no! . . . ¡De ninguna manera! . . . Esa carita de gloria

y ese cuerpecito de cielo no pueen, no pueen mentir jamá!

—Oye, Chencho. Yo ni soy de esa que tú te afiguraj, ni estoy pa andar con enredo . . . Laj cosas me gujtan por derecho. Si tú me quierej, como ices, háblale del asunto á mi tía y ¡santa Pajcuá!

—«¡Guéno, Micáila, ora sí que hajabláo sin pelo en la lèngua! Ya verás cómo se arregla . . .»

Chencho se despidió loco de contento del lado de Micaela, pensando sin freno ni reposo en lo grande y cierto de su ventura.

No le cabían los proyectos en la cabeza. Sí; ¡se casaría! . . . ¡Al diablo holganza y manos al trabajo! . . . Los pobres para casarse no tienen que levantar un palacio . . . Con seis taburetes, dos butaques, un baúl, una mesa, un metate y jornal seguro . . . ¿qué mayor fortuna?

Y buscó á «Pajarito;» y le expuso sus proyectos, después de pedirle excusas por su despego de antes . . .

«Pajarito» escuchó con calma hasta el fin las confidencias del enamorado Chencho; los proyectos de futura vida, y cuando terminó le dijo:

«¡Chencho, tú ejtás encandiláo!»

«¿Háj pensáo en el atajcadero en que te vaj á meter jasta el pejeuezo?»

«¿Sabej que la mujer propia é pa tóa la vida? ... ¿Que vienen loj pelone\*, que aumentan la necesiades y el diablo jace que falte el trabajo? ... ¿Y en qué vaj á trabajar? ...

«Ere aprendiz de tóo y máistró de náá»

«¡Yo por eso no me caso ni me casaré nunca! ... ¡El matrimonio é pa loj ricos!»

«Las mujere ante de casarse ofrecen el oro y el moro y laj perlaj de la virgen; pero en cuanto que son dueña

de su casa alevantan el gallo y le jace unó agachar la cabeza . . . .»

«Aemá: ¿Conocej bien á Micáila?»

«¿Crés tú que será güena compañera?»

«—Eso ni lo preguntes, «Pajarito!»— exclamó Chencho sin poder contenerse

—¡Asina dicen tóos la víspera de la be-

da, no encontrando piana ónde colocar á su novia . . . . pero endejpué, andan con tamaño jocico sintiendo la sogá mu apretáa en el gañote . . . .»

«Te voy á contar un sucedío pa que veja experiencia»

«Un amigote míó tenía de quería á una muchacha que era un regalo: guapa, trabajadora, cariñosa, honráa . . . . ¡toito de una pieza!»

«Si se enfermaba mi amigo: á curarlo y á cuidarlo como Dios manda con el pró-

ximo. Si no tenía trabajo: á coser y á lavar pa que no faltaran lo frijole . . . .»

«Yaya que no había lengua pa encarecerla!»

«Viendo el señó cura la bondá de aque- la mujer y la felicidad de tan güena pa-

reja, aconsejó al amigo que se casara como la iglesia manda; á la mujer, que

era buena crijtiana, le había aconsejáo para buena en el confesonario . . . .»

«Y el señó cura por su láo y la mujer por el su-

yo . . . .»



yo consiguieron á mi amigo y se casó con un  
menoj que canta un gallo. . . .»

—¿Sabej qué pasó? . . . ¿No? . . . Pue me  
ra: la mujer se golvió altanera; perezosa  
y andariega; y cuando el marío le decí  
con tóa su autoridá que por qué habí  
cambeado tanto, la mujer le contejtaba  
con songa:

«Ante, bruto, era sólo tu quería y por  
ponerme de patita en la calle . . ., yo  
soy tu mujer y ejtá obligáo á mantener  
me y vivir á mi láo jasta que cierre el  
pico . . .»

—¿Qué te ha pareció el cuento? . . .

—¡Hombre, no creo que tóas sean asina!  
¡Y aquella é harina de otro cojtal! ¡Yo  
soy querío de Micáila, ni Micáila tien  
eso higaös! . . .»

—«Güeno: ejtás en tu derecho pa pe  
sar como se te dé tu rial gana . . . per  
é un caso de concéncia y por eso te an  
vierto . . .»

Chencho no hizo caso de las adver  
tencias de «Pajarito» y aun tachó á su

amigo de egoísta, avaro y pintureroloso.  
«Sí; decía, él no se casa por no gastar, se  
ha golvido lo má cieatero del mundo . . .»

«¡Pue yo me caso! . . . Ejto é como la  
lotería: á unoj les caí el premio gordo y  
otroj se quedan próbes pa tóa la vida.»

Chencho se casaba.

Ya había dado los pasos para rodar\*  
y se había presentado al Registro Civil  
con los correspondientes testigos; se co  
rrieron las publicatas y nada más falta  
ba que se abrieran las velaciones y que  
el cura les echará la bendición para con  
ella atarlos al fuerte lazo que no se de  
sata sino con la muerte.

Micaela se mantenía en sus trece: nada  
de visitas prolongadas y santiaguitos en  
la calle y plantones en la esquina; un ra  
tito de charla á la luz del día y saludos  
y miradas á la salida de misa; sonreía  
Micaela á todos y no escatimaba el salu  
do á ninguno; con aquella sonrisa, que  
alumbraba su rostro y alegraba sus ne  
gros y hermosos ojos, se había abierto

brecha entre el cerco de obstinados galanes; con ella sorteó todos los peligros que le levantaban los piratas callejeros con ella confuvo el desmán de calaveras de la calaña del amigo de «Pajarito» con ella atrajo al redil, para hacer inclinar la cabeza á la coyunda, al empedernido del Chencho; sol obab sidar ay.

Eran las misas de aguinaldo. Las mañanas, obscuras y frías de diciembre, se alegraban con el tañido de las parleras campanas llamando á misa. Micaela no faltaba á la iglesia y Chencho la seguía.

Allí, en la penumbra de la iglesia, atestada de fieles, Chencho distinguía á Micaela entre mil; no podía confundir su cuerpo esbelto ni su andar gallardo, ni aquella cabeza coronada de abultados y ricos cabellos, que el paño embozaba sin poder ocultar lo levantado del aleteante moño ni lo enriscado de las rollizas trenzas.

De salida, la esperaba en el atrio

mientras los pitos de agua gorgoriteaban, los panderos repiqueteaban y el órgano gemía con doliente voz cascada, poblando aquel conjunto alharraquiento de una armonía triste, quejumbrosa, apenas alegrada por uno que otro sonar metálico de los bulliciosos cascabeles.

Salieron juntos para la casa. El frío húmedo de la mañana aceleraba sus cuerpos y los obligaba á uniformar sus pasos; Chencho, al suave calor que emanaba de aquel cuerpo, tantas veces soñado en largos deliquios ambrosos, sintió deseos de abrazarlo, besarlo, estrujarlo entre sus brazos; caminaban en silencio, admirando las estrellas que apagaban sus parpadeos diáfanos; sobre la faja blanca y argenteada de alba, Venús prendía en chispeos de bruñida plata, sus reflejos centellantes; no opacados por las luces tempranas de la aurora que venía cubriendo de arrebol las nubes de tules nacarados y áureos.

Era aquella la última misa de aguinal-

do; la vez postrera que Chencho acompañaría de madrugada á Micaela hasta su casa; por ello, quizá, le volvió el deseo de abrazarla, y al penetrar por una callejuela, obscura y solitaria, no pudo por más tiempo dominarse, asíó á Micaela por la cintura, la atrajo sobre su pecho, le buscó en las sombras la boca, y dio con ella por el aliento tibio que exhalaban los carnosos labios; aprovechó la sorpresa de tan brusco ataque y allí la besó para seguir con los ojos, con las mejillas con las orejas: por todas las partes del rostro de Micaela andaban desatentados la boca y el bigote de Chencho, dando caricias como mordiscos y cosquilleos culebrantes que arrancaban la risa á la jarocha, quien gritó, sorda y sofocadamente, á tiempo que le daba un fuerte empujón á Chencho:

«Déjame, bruto!»

«¿Qué te importa! ¿No vayas á ser mi pronto mi mujercita?» — contestó Chencho sufrido y balbuciente.

Y Venús se borró del horizonte para darle pasó al sol que lanzaba sus rayos sobre el caserío, despertado ya por el canto del gallo tempranero y atento.

IVX

Los consejos de «Pajarito» no fueron tan fáciles de aceptar para Chencho, quien necesitaba para poder de darle las conveniencias de semejante vida y las contingencias y privaciones que trae consigo el matrimonio; Chencho no quería más y en esto que «Pajarito» le daba un capricho, por lo común de fuerza y vigor, como si fuera un hombre, en atención á los consejos de «Pajarito» y desahogado á su fin como valiente, salía obstinado, sortea peligros y tiene milagros. En «contigo pan y cebolla» le y «no te preocupes de la buena suerte que tendrás» su pan de lágrimas.